

**ANTOLOGÍA  
DE LAS  
MEJORES  
NOVELAS  
POLICÍACAS**

**TOMO VIII**

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1973 por la editorial ACERVO.

## ÍNDICE

Veinte años después - O. HENRY

Fuga - ROBERT M. COATES

La curiosidad mató a Cath - MICHAEL HERVEY

El ojo de la aguja - ELLERY QUEEN

Reembolso - RICHARD DEMING

Un abono excelente - ROBERT GRAVES

El que regresa - FRANK WARD

El pueblo vs. Withers y Malone - STUART PALMER & CRAIG RICE

La conciencia de Malone - STUART PALMER & CRAIG RICE

Autopsia y Eva - STUART PALMER & CRAIG RICE

Withers y Malone extorsionadores de cerebros - STUART PALMER & CRAIG RICE

Cuando la niebla es favorable - RICK BUBIN

El hombre que se parecía a Napoleón - ROBERT BLOCH

Visita a la gran ciudad - MICHAEL ZUROY

Caza del hombre en el Dead Yank - ROBERT EDMOND AALTER

Los niños de Alda Nuova - ROBERT EDMOND AALTER

El hombre interior - HUCH PENTECOST

Coartada - ROBERT TWOHNY

El hombre de nueve a cinco - STANLEY ELLIN

## VEINTE AÑOS DESPUÉS

O. Henry

EL agente de servicio hacía su ronda calle arriba, solemnemente. Lo de la solemnidad era una costumbre y no obedecía al deseo de hacer teatro, ya que los espectadores eran escasos. Aún no habían dado las diez de la noche, pero unas frías ráfagas de viento con sabor a lluvia habían despoblado las calles.

Tanteando las puertas mientras avanzaba, haciendo voltear su porra en una sucesión de complicados y hábiles movimientos, volviéndose de cuando en cuando a echar una vigilante mirada a lo largo de la calle, el agente, con su aspecto robusto y su aire ligeramente fanfarrón, constituía una imagen alentadora de un guardián de la paz. La vecindad era tranquila. De cuando en cuando podían verse las luces de una tienda de cigarrillos o de un *snack-bar* abierto toda la noche; pero la mayoría de las puertas pertenecían a comercios que cerraban temprano.

Al llegar al centro de una determinada manzana, el agente aflojó súbitamente el paso. En el oscuro umbral de una ferretería había un hombre, con un cigarrillo apagado en la boca. Cuando el agente se acercó a él, el hombre habló rápidamente.

—No pasa nada, agente —dijo, en tono tranquilizador—. Estoy esperando a un amigo. Una cita concertada hace veinte años. Le parece raro, ¿no es cierto? Bueno, voy a ex-

plicárselo para que vea que le digo la verdad. En aquella época, había aquí un restaurante... el *Big Joe Brady*.

—Estuvo aquí hasta hace cinco años —dijo el agente.

El hombre encendió una cerilla y prendió fuego al cigarrillo. La llama iluminó un rostro pálido, de mandíbula cuadrada y ojos penetrantes, y una pequeña cicatriz blanca cerca de su ceja derecha. Su alfiler de corbata era un grueso diamante, caprichosamente tallado.

—Una noche, hace exactamente veinte años —dijo el hombre—, cené en el *Big Joe Brady* con Jimmy Wells, mi mejor compañero. Nos habíamos criado juntos aquí, en Nueva York, como dos hermanos. Yo tenía dieciocho años, y Jimmy tenía veinte. Al día siguiente tenía que marcharme hacia el Oeste para hacer fortuna. Jimmy, en cambio, no se hubiera marchado de Nueva York por nada del mundo; creía que era lo único que había sobre la tierra. Bueno, aquella noche acordamos que volveríamos a reunirnos aquí al cabo de veinte años, día por día, cualesquiera que fuesen las circunstancias en que nos encontráramos y la distancia que tuviéramos que recorrer. Pensábamos que en veinte años se habrían decidido nuestro destino y nuestras respectivas situaciones.

—Muy interesante —dijo el agente—. Pero veinte años son muchos años, en mi opinión. ¿No tuvo noticias de su amigo desde que se separaron?

—Bueno, sí, durante una temporada nos carteamos —dijo el otro—. Pero al cabo de un par de años perdimos el contacto. Verá, el Oeste es muy extenso, y anduve rodando de un lado para otro. Pero sé que Jimmy acudirá a la cita, si está vivo, ya que siempre fue amigo de cumplir su palabra. Estoy seguro de que no la ha olvidado. He recorrido centenares de millas para poder estar aquí esta noche, pero todo lo daré por bien empleado si mi antiguo compañero se presenta.

El hombre que esperaba sacó un hermoso reloj, adornado con pequeños diamantes.

—Faltan tres minutos para las diez —anunció—. Cuando nos separamos aquella noche, a la puerta del restaurante, eran exactamente las diez.

—Al parecer, en el Oeste le han ido a usted bien las cosas —dijo el agente.

—Desde luego. Y espero que a Jimmy le hayan ido por lo menos la mitad de bien que a mí. Era un buen muchacho, desde luego, aunque algo corto de genio. Yo he tenido que sacar a relucir el mío más de una vez para hacer algo de provecho. Claro que en Nueva York no se le plantean a un hombre las situaciones que se le plantean en el Oeste. Allí tiene que endurecerse a la fuerza si no quiere sucumbir. Aquí todo es más fácil, más... rutinario.

El agente hizo voltear su porra y dio un par de pasos.

—Bueno, voy a continuar mi ronda. Espero que su amigo llegue a tiempo. Supongo que no va a esperarle toda la noche...

—¡Claro que no! —dijo el otro—. Le daré media hora de tiempo. Si Jimmy está vivo, antes de las diez y media habrá llegado. Hasta la vista, agente.

—Buenas noches, señor —dijo el agente, echando a andar calle arriba, tanteando las puertas.

Había empezado a caer una fría llovizna, y el viento soplabá ahora con más fuerza. Los escasos transeúntes que circulaban por el barrio andaban apresuradamente, pegados a las paredes de las casas, con los cuellos de los abrigos levantados y las manos hundidas en los bolsillos. Y en la puerta de la ferretería el hombre que había recorrido centenares de millas para acudir a una cita casi absurda con el amigo de su juventud, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, esperando.

Llevaba unos veinte minutos esperando cuando un hombre muy alto, con el cuello del abrigo levantado hasta las orejas, cruzó apresuradamente la calle desde la acera opuesta y se acercó a él.

—¿Eres tú, Bob? —preguntó, en tono dubitativo.

—¿Eres tú, Jimmy Wells? —gritó el hombre que esperaba.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —exclamó el recién llegado, cogiendo entre las suyas las dos manos del otro—. Eres Bob, desde luego. Estaba seguro de encontrarte aquí, si es que seguías viviendo. ¡Bueno, bueno, bueno! ¡Han pasado veinte años! El antiguo restaurante ha desaparecido, Bob; de no ser así, repetiríamos la cena de aquella noche, ¿te acuerdas? ¿Cómo te ha tratado el Oeste, viejo?

—Estupendamente. No puedo quejarme: me ha dado todo lo que le he pedido. Tú has cambiado mucho, Jimmy... Eres mucho más alto.

—¡Oh! Desde que tenía veinte años he crecido un poco.

—¿Te han ido bien las cosas en Nueva York, Jimmy?

—A medias. Estoy empleado en una de las entidades oficiales de la ciudad. Pero, vamos; te llevaré a un sitio que conozco y allí podremos hablar largo y tendido. Tenemos muchas cosas que contarnos.

Los dos hombres echaron a andar cogidos del brazo. El hombre del Oeste, satisfecho de poder jactarse de sus éxitos, empezó a explicar las vicisitudes de su carrera. El otro, sumergido en su abrigo, escuchaba con interés.

En la esquina había un *snack-bar* abierto; sus luces iluminaban la acera. Al llegar a su altura los dos hombres se volvieron al mismo tiempo para mirarse.

El hombre del Oeste se detuvo súbitamente y soltó su brazo.

—Tú no eres Jimmy Wells —dijo—. Veinte años son muchos años, pero no los suficientes para cambiar la nariz aguileña de un hombre por otra achatada.

—Pero han bastado para convertir a un hombre bueno en un delincuente —dijo el hombre alto—. Está usted detenido desde hace diez minutos, *Silky Bob*. En Chicago creyeron que podría usted caer por aquí, y nos telegrafieron diciendo que nos interesaríamos por usted. Espero que no hará ninguna tontería. Y ahora, antes de que lleguemos a la

Jefatura, lea esta nota que alguien me pidió que le entregara. Puede leerla aquí mismo. Es del patrullero Wells.

El hombre del Oeste desdobló el papel que acababan de entregarle. Su mano estaba firme cuando empezó a leer, pero temblaba un poco cuando terminó la lectura. La nota era muy breve.

*Bob: Llegué puntual al lugar de la cita. Cuando encendiste aquel fósforo para prenderle fuego al cigarrillo, reconocí el rostro del hombre por cuya captura se había interesado Chicago. No tuve valor para hacerlo yo mismo, de modo que fui en busca de un agente de paisano para que se encargara del trabajo.*

JIMMY

## FUGA

Robert M. Coates

MERRILL Browne se dirigía hacia el este por una carretera bordeada de montañas, al suroeste de Pennsylvania. Era la hora en que el día se acaba y se inicia la noche; la hora en que unos faros encendidos disminuyen la visibilidad, en vez de aumentarla. En aquellos momentos se produjo el suceso, de un modo tan repentino que más tarde Merrill no pudo distinguir lo que había visto de lo que había imaginado.

Su versión de los hechos es la siguiente:

Acababa de atravesar un pequeño pueblo (una tienda, una fonda y un grupo de casas en un cruce de carreteras) y se disponía a tomar una curva por su parte más cerrada. Más allá había un grupo de árboles que hacían más engañosa aún la claridad de los faros. En aquel momento algo chocó contra el automóvil. Un gran pájaro grisáceo agitando unas alas fantasmales había caído sobre el guardabarros delantero e, inmediatamente, se convirtió en el cuerpo de un hombre, de un hombre que Merrill recordaba haber visto vagamente en el borde de la carretera, en el borde mismo de la claridad de sus faros, cuando enfiló la curva.

Merrill frenó y trató de desviar el automóvil, en un frenético esfuerzo por evitar lo que ya no podía ser evitado. La sorpresa aguzó sus sentidos y lo vio todo como en una película proyectada a cámara lenta: un hombre, con la chaqueta remangada sobre sus brazos, los brazos y las piernas

extendidos, el rostro visible parcialmente, dada la posición adquirida por la cabeza a consecuencia del impacto... un hombre que llevaba pantalones grises o de color claro, iluminados grotescamente por los faros; un hombre que giraba y que, al fin, caía.

El cuerpo había quedado atrás y el automóvil seguía moviéndose. Poco después, el automóvil se detuvo y todo lo de más pareció también detenerse: los árboles, el campo sumido en la oscuridad, la solitaria carretera azotada por el viento. A excepción del débil y tembloroso zumbido del motor del coche no se oía nada, ni siquiera un gemido. Merrill Browne permaneció sentado allí durante un par de minutos sin pensar en nada, rodeado de silencio. Luego, lentamente, retrocedió un poco, lo suficiente para poder echarle una ojeada a la inmóvil figura. Un instante después el automóvil se ponía de nuevo en movimiento, alejándose de allí.

Al principio no fue una huida propiamente dicha, sino más bien un intento de borrar de su mente lo que acababa de presenciar. Como si por el simple hecho de abandonar aquel lugar pudiera eliminarlo de su cerebro, borrando al mismo tiempo toda su sorpresa y todo su horror. Si conseguía alejarse lo suficiente de allí (después de todo, había ocurrido en un brevísimo instante), podría borrarlo. Sería algo imaginado, algo que no había ocurrido... o que, al menos, no le había ocurrido a él.

Pero una especie de astucia estaba empezando a dirigir sus actos. La carretera estaba desierta, pero no lo estaría siempre. En realidad, poco antes había notado una repentina disminución del tráfico y había llegado a la conclusión de que probablemente era la hora de cenar. Pero aquella paralización del tráfico sería temporal: después de cenar, la gente volvería a salir; y en cuanto los primeros faros de un automóvil proyectaran su luz sobre aquel hombre... Aunque trataba de evitarlo, la mente de Merrill estaba formándose ya una imagen del hombre: un minero, posiblemente,

o quizás un granjero; borracho, desde luego, ya que de no ser así no hubiera zigzagueado por la carretera de aquel modo. Y él *había* zigzagueado, tenía que haberlo hecho, y ahora estaba tendido allí. En cuanto los primeros faros de un automóvil proyectaran su luz sobre aquel hombre, el hecho sería conocido, empezaría la caza. Repentinamente, la oscuridad se llenó de perseguidores; y en el primer desvío —un camino sin asfaltar— se adentró Merrill.

Era un camino vecinal muy angosto. Ascendía tan bruscamente, que Merrill se vio obligado a poner segunda; luego descendía con la misma brusquedad. Pero el camino tenía que conducir a alguna parte, pensó Merrill, y lo siguió. En cuanto hubo tomado esta decisión, el estado del camino empeoró. Después de pasar por delante de una casa —una simple luz a la izquierda, con un par de destartaladas edificaciones y un hombre que le miró con curiosidad mientras pasaba, desde el patio exterior—, el camino se estrechó todavía más. La hierba crecía libremente en su piso y su anchura era apenas la de un vagón de ferrocarril. Antes de llegar al final, una especie de explanada que conducía a campo abierto, Merrill supo que era un camino muerto.

Aquella fue la primera de sus decepciones, y le impresionó de un modo desproporcionado a su importancia real. Se había extraviado; había vuelto a incurrir en una equivocación... Esto era lo que, de un modo confuso, estaba pensando. El camino no conducía a ninguna parte, después de todo. Moría allí, y Merrill permaneció unos instantes sentado, mirando fijamente el resplandor de sus faros que iluminaban el campo vacío, mientras una ominosa premonición de posteriores desastres iba apoderándose de él. Pero tenía que dar la vuelta, y lo hizo, con ciertas dificultades debido al poco espacio de que disponía, y cuando volvió a pasar por delante de la casa situada al borde del camino el hombre estaba junto a la carretera, esperándole.

Merrill sintió la tentación de limitarse a agitar la mano en un gesto de saludo y continuar su marcha, pero al final

decidió detenerse. ¿Quién sabe si aquel hombre que vivía apartado de toda civilización —un ser montaraz en realidad— no se sentiría inclinado a pegarle un tiro, extrañado de su maniobra? Decidió, pues, detenerse, aunque el más breve tiempo posible.

—¿Vive por aquí Ed Hodkins? —gritó, dejando que el automóvil siguiera marchando lentamente.

Estaba conduciéndose como un tonto, pensó.

—¿Quién? —gritó a su vez el hombre.

Y cuando Merrill detuvo el automóvil y repitió el nombre, el desconocido se limitó a sacudir negativamente la cabeza, con aire intrigado, y echó a andar sin prisa hacia el vehículo. Al pasar por delante de los encendidos faros, pareció por un instante —chaqueta oscura, pantalones de color gris— hermano gemelo del hombre que estaba tendido en la carretera.

¿Era realmente su hermano gemelo, o simplemente hermano o pariente suyo? Merrill no pudo evitar preguntárselo a sí mismo. ¿Habría ido a parar a la casa del propio hombre?

¡Tengo que marcharme de aquí! ¡Tengo que marcharme!, se dijo a sí mismo, mientras el desconocido daba lentamente la vuelta al automóvil. Y en voz alta, dijo:

—Bueno, no importa. Supongo que me he equivocado de camino. Bien, voy a marcharme.

Pero en aquel momento, un alargado y barbudo rostro, profundamente arrugado, le estaba mirando fijamente a través de la ventanilla del automóvil, y era evidente que su dueño no tenía tanta prisa.

—Soy un poco duro de oído —dijo el rostro—. ¿Qué nombre ha dicho usted?

—Hodkins. Ed Hodkins. Pero creo...

Merrill hizo zumbir el motor con impaciencia. Estaba perdiendo el tiempo, y no veía ningún motivo para disimularlo.

Sin embargo, el hombre no pareció darse cuenta. Estaba agarrado al marco de la ventanilla con una mano grande, rugosa, y, por montaraz que pudiera ser, no se mostraba poco amistoso, sino todo lo contrario.

—En el pueblo vive un Hawkins —dijo, y reflexionó unos instantes—. Pero no se llama Ed —añadió—. Se llama Orville. ¿Ha dicho usted Hodkins?

—Exactamente. —Esta vez Merrill deletreó el nombre—. H-o-d-k-i-n-s. Ed Hodkins. Pero, si no le conoce...

Volvió a acelerar el motor. ¿Cómo era posible que una persona fuera tan lenta de reflejos? El hombre insistió.

—No conozco a ningún Hodkins por estos alrededores —dijo—. Es un nombre fácil de recordar, desde luego. —Repentinamente, inesperadamente, se quedó mirando con fijeza a Merrill—. ¿Es un occidental, también? —preguntó.

Merrill sabía lo que el hombre estaba pensando en aquellos momentos. Había visto la matrícula neoyorquina del automóvil; probablemente estaba tratando de sumar dos y dos, buscando un motivo plausible para la extraña incursión de alguien por aquellos parajes. Pero la paciencia de Merrill estaba ya agotándose, y el modo que tenía el hombre de mirarle, con sus penetrantes ojillos, le desconcertaba cada vez más. Habían ocurrido demasiadas cosas, esta era la verdad. Y ahora estaba aquí, con la noche preñada de amenazas delante de él, escuchando la cháchara del granjero. Era más de lo que podía soportar.

—No —dijo, sin importarle que sus palabras carecieran de sentido. Más tarde tendría que encontrar una solución dilatoria, o incluso evasiva. Pero ahora su mente estaba lúcida, o al menos así se lo parecía a él; y si iban a presentársele problemas, deseaba salir a su encuentro y resolverlos. Deliberadamente, hizo que su voz sonara fría y poco cordial —: Pasaba por aquí, y decidí preguntar por él. Creía que vivía por estos alrededores. Pero, al parecer... Ahora, si no le importa, tengo un poco de prisa.

El hombre retrocedió un par de pasos, aunque lo hizo lentamente y con cierta dignidad, apartando la rugosa mano, el alargado rostro y el delgado cuerpo.

—Perdone, señor —dijo—. Lo único que deseaba era poder serle útil.

Iba a añadir algo más, pero Merrill no esperó a oírlo. El automóvil reemprendió la marcha con un agudo chirrido de los neumáticos sobre la grava del camino. Había conseguido marcharse. Estaba a salvo. ¿Lo estaba, en realidad?

¿No había dejado un recuerdo detrás de él? El hombre de la casa solitaria podría describirle con pelos y señales... Pero Merrill descartó aquel pensamiento. Estaba obligado a hacerlo: tenía que prestar atención a su tarea de conducir. Sin preocuparse por los baches aumentó la velocidad del automóvil hasta que se encontró de nuevo en la carretera general. Entonces, en la misma intersección, se detuvo. La carretera estaba ahora completamente oscura y seguía vacía de tráfico. Y sin saber por qué, sin pensarlo siquiera, giró hacia el oeste en vez de hacerlo hacia el este, dirigiéndose al lugar del accidente en vez de alejarse en sentido contrario; y casi sin darse cuenta volvió a encontrarse en la curva y la recorrió a marcha moderada, ahora por el lado contrario, iluminando con sus faros el asfalto de la carretera.

Se le había ocurrido una idea —una esperanza—, pero en cuanto llegó al lugar donde se había producido el accidente tuvo que desecharla. Se le había ocurrido, quizá —no podía estar seguro—, que tenía que probarse a sí mismo lo sucedido, convencerse de que todo había sido real y no una absurda fantasía. Tal vez había exagerado las proporciones del accidente; tal vez el hombre había quedado simplemente atontado y se había marchado ya por su propio pie... No lo había hecho, desde luego. La figura continuaba allí, tendida en el suelo, inmóvil, muerta. Merrill no se detuvo. Siguió pisando el acelerador por espacio de media milla, aproximadamente; entonces, como algo que le